

Poemas de un backgammon

● CARLOS DEL CASTILLO

Tablero

Exterior

El tercero dije que era meior qui pudiese vevir tomando de lo uno e de lo al, a esto era cordura; ca en el seso cuando meior era, tanto habie y mayor cuidado como se pudiese facer complidamientre. E otrosi en la ventura cuando mayor era, que tanto habie y mayor peligro porque non es cosa cierta. Mas la cordura derecha era tomar del seso aquello que entendiase homne que más su pro fuese, e de la ventura guardase homne de su daño lo más que pudiese e ayudarse della en lo que fuese su pro.

ALFONSO X, EL SABIO, *El libro de los juegos*

En su cuaderno, la tara imposible:

Sobre la huida tantas veces desaparición.

Oh, tantas maneras de no estar para irnos.

Así, oh, espera o yerra, lo hiperalterado.

Hombres que se están yendo: la escritura.

Escribimos para crear cercados límites, porque
no tenemos talento.

Zafia forma de los jarrones vacíos, del espacio.

Roble junco salvaje. Arrancado de raíz ríspida.

El hombre, que aquí llamaremos *Él*, rodea por el hombro
a otro hombre, que aquí llamaremos *Ella*.

Ora hombre ora hombro ora hembra.

Abrimos todo lo que de nosotros atrás.

Encontramos nada antes o todo lo que
no éramos.

Su cuaderno tenía la forma de un espejo.

Límpido, terso, cegador.

Donde el resuello calamitoso del áspid.

Donde la aurora rapaz del entender.

Señalando la palabra *Azul* y diciendo *Verde*.
Él tocó, con su mano izquierda, la cintura de ella
y deslizó, sobre el antebrazo izquierdo,
su mano derecha, arrojándolo
después, levemente tras su cuello.
Él forzó, con delicadeza, un abrazo.
Un abrazo donde ella, activamente,
herida era.
El cuaderno guardaba la forma de un roble.
Se le había nombrado, con anterioridad,
de formas disímiles.
Se le había nombrado: *arbotante, velamen,*
ministerro, batisfera.
El cuaderno mantenía la voluble persona
del copista.
Decía clemente el pronóstico de la eternidad
y de la infinitud, por separado.
Se lograba, sí, al leerlo del pasado suprimir
el pasado mismo. Escrito estaba:
Escribimos como hombres que.
Escribimos para borrar sobre nosotros la.
Cargamos, mientras escribimos, colegimos
llana espora cuasi estepa.
Campo semántico del color *Bruma* pronunciado
Sepia.
Hay rostros inimaginables que ocupan espacio
en rostros cotidianos, escribe.
Solía acomodar sobre sus muslos las palabras
antes de citarse.
Danzón dulce bolero disfrazado.
De la ceguera cuya plantación creó un laberinto.

Él y ella giran en vals imposible. Ralentizados.
Ella respira clavicordios y clavículas.
Son la rotación imperceptible de un cuaderno.
Son la rotación de.
El cuaderno tenía una forma extraña:
{tú}.

En el cuaderno:

*Estar apenas como quien yo.
Yo era esa suerte polinomio. Una
máscara.*

Él muere de fiebre toda y sus manos son
tal vez.

Una danza en aéreo que sigue centrífuga.

Una hoja escrita que palpita.

Un hombre que observa. Otro hombre.

Ella recuesta su oreja sobre el pecho de él.

Escucha el calor. Conductivo de ondas.

Dice:

La construcción de una fiebre tierna, frágil.

En el cuaderno se lee:

*La construcción de una fiebre frágil, tierna.
Pertener. Permanecer. Oh.
La razón o una suerte de cordura.
La razón, oh, una suerte de cordura.*

Interior

Queremos agora aquí fablar de las tablas, que como quier que hayan mester dados con que se iueguen que muestran ventura porque ellas se han iogar cuerdamiente tomando del seso allí do fuere mester, e otro sí de la ventura.

ALFONSO X, EL SABIO, *El libro de los juegos*

Aquí también, como en todo, como siempre, desde el recrudescimiento de la voz indiscriminada y volátil del velamen, arbotante, batisfera, llamaremos al primer hombre: *Él*; mientras que, en segundilla, baja estatura y lóbulo nimio, aquél tenderá a ser *Ella*. En las márgenes frías de la ciudad que atesora la calle espacio y escenario, así como la máxima de esferas que rodean los cuerpos, el *lyco* que perfuma el límite de lo escrito. Quiero decir, el baile réspice de lo inacabado: un baile, dicho fue. Y sobre él y ella caen con premura y señera imprecisión dos vestidos: lentejuela, azahares, perfección. Resalta, evidentemente, la fragilidad de uno, el poder de la otra. Y así giran impares. Antebrazos en contraposición de espaldas. Espaldas de amplitud harta. Ella escribe con silencio su escritura de clepsidra. *Él* toma su brazo y en abrazo de zozobra se envuelve. Son unidos. La fiebre, dice alguno. Siempre hay un hombre tras un cuerpo cualquiera, dice la otra. Fiebre frágil, se comenta. Calentura de *la* agudísima y timbre sinfónico; triángulo. *Él*, así en estar, enciende un cigarrillo. Ella levanta el rostro. ¿Se detiene en puntas alguna vez la espera?

Él inhala.

Profundísimamente.

En vector gaseoso una lanza que se topa
con cartílago afeminado.

Ella inhala. Respira.

Un círculo, que levita impávido sobre el deseo.

Ella exhala.

¿Queda en flujo la tráquea?, ¿se abren en liquen los labios? *Él* no escribe, nunca ha escrito. *Él* sabe del juego de los pares en las fuerzas. *Él* espera. ¿Cuántas formas de

aproximarse, de estar? Los círculos de humo nunca se deshacen. Alguien más los aspira. Ya en alguien sus partes se consumen, ya a alguien que su nariz agazapó. Ya lo dado descansa en donde ya alguien estornudó. *El azar o prueba de cordura. Oh, el azar, prueba de cordura.*